

EL CUADRO

Su abuela le regaló el cuadro que compró cuando era joven en un rastro de París. Todas las mañanas era lo primero que veía cuando se despertaba y con la penumbra que había en la habitación intentaba distinguir bien todos los detalles de la pintura.

Ahora que tenía que estar en cama por la gripe, sólo le apetecía mirarlo.

Y de tanto mirarlo se lo sabía de memoria, la casita de piedra con techo rojo y una chimenea a un lado del tejado, a otro lado una escalera que subía al desván, una valla blanca que rodeaba la casa de la que salían algunas flores y en la fachada que se podía ver, una ventana en la que estaba asomada una mujer con cara triste. Al fondo unos árboles, un arroyo y envueltas entre niebla, unas montañas.

Pero aquella mañana, no sabía si por la penumbra de la habitación, o era su imaginación, la mujer no estaba en la ventana, estaba al borde de la valla.

¿Cómo era aquello? Ella siempre la había visto con su cara sería apoyada en la ventanita mirando los árboles. Cuando viniera su abuela tenía que acordarse de preguntarle cómo recordaba ella el cuadro, cómo había adquirido aquella pintura. Le interesaba la historia que había detrás.

- Hola bonita ¿Cómo te encuentras?

- Bastante bien, gracias abuela. Pero me aburro como una ostra sin perla. ¿Por qué no aprovechas y lees ahora que no vas a clase?

- Con la gripe me duele la cabeza y no me apetece. Abuela, estoy mirando el cuadro que tú me regalaste y me gustaría que me contarás cosas sobre él.

- Todo lo que sé ya te lo he contado, lo compramos tu abuelo y yo en el viaje de novios en el margen del Sena donde venden libros de segunda mano y antigüedades. Me atrajo la niña que estaba asomada a la ventana porque se la veía muy triste.

- ¿Niña?, ¡pero sí es una mujer joven!

- No, era una niña triste, vestida de blanco.

- Pues mira el cuadro y lo verás tú misma.

- ¡Es verdad! Yo te aseguro que era una niña, ¡Tan mala memoria no tengo todavía!

Cuando compré este cuadro me acordé de una historia que me contaba mi abuela, tu tatarabuela, sobre las brujas. Según ella, existen, son mujeres que quieren ser jóvenes siempre y odian a los niños porque son los únicos que descubren lo viejas y feas que son. Ella me contaba que los hacían desaparecer, los convertían en ratones, cucarachas y cualquier animal que diera mucho asco para que fueran otros los que los mataran. Siempre pensé que aquella era una de las historias que me contaba mi abuela para que no cogiera nada de lo que me pudiera dar un extraño pero cuando vi el cuadro con esa niña tan triste pensé que podría ser una de esas niñas que una bruja había hecho desaparecer. Es bastante misterioso que después de tantos años aquella niña ahora sea más vieja. ¿Y si es verdad lo que me contaba mi abuela? ¿Y si la niña del cuadro está encerrada en él y también crece?

- Entonces abuela, por eso está tan triste, porque está solita ¿y si pudiéramos ponemos en contacto con ella?

- No se me ocurre nada. Sí ella nos viera a nosotros, me imagino que haría algo para que nos diéramos cuenta que está ahí.

Ana cuando se fue su abuela se quedó pensando en la historia, meditando cómo podría entrar en contacto con la mujer del cuadro y pensando se quedó dormida.

Soñó con ella, la vio sola y triste limpiando su casa, recogiendo la fruta y las verduras del huerto que había detrás. Y de pronto escuchó lo que decía ¿O pensaba?

"Todos los días son iguales. Desde que aparecí aquí hace tantos años... nada cambia. El cielo siempre es azul, esas nubes están siempre en el mismo sitio, los árboles siempre están verdes y la niebla siempre oculta las montañas.

Pero es curioso que poco más allá de la valla no hay nada. ¡Menos mal que detrás de la casa hay un huerto y un árbol de manzanas porque si no, no sé qué habría comido!

¿Por qué no le hice caso a mí madre? ¿Por qué cogí la chocolatina que me ofrecía aquella señora? Desde entonces estoy aquí, justo en el cuadro que tenía aquel señor para vender

¿Pues es verdad lo que me contó mi abuela! Pero es un sueño. ¿Me oyes, me ves, cómo te llamas? ¿Y esa voz de dónde viene? En todo el tiempo que llevo aquí es la primera vez que alguien me habla y parece una niña.

- No te veo, ¿Dónde estás? Me llamo María. Tu voz viene de todas partes, suena en mi cabeza ¿Y tú, cómo te llamas?

- Me llamo Ana, si no me ves es porque estás en mi sueño

- Desde que aparecí aquí ya no me extraña nada, así que si tú me dices que estoy en tu sueños, me lo creo.

- Es la única explicación que se me ocurre y cuando me despierte me quedaré con la duda de si esto es verdad o fruto de mi imaginación.

- Lo que se me ocurre es darte una prueba de que soy real aunque esté dentro de un cuadro y dentro de tu sueño. Cuando despiertes estaré dentro de la casa y no me veras.

- Vale. ¿Puedo ayudarte en algo?

- Que hayas entrado en comunicación conmigo ya es estupendo, llevo muchos años sola, por lo menos ya tengo con quien hablar.

- ¿Comes sólo verduras y fruta?

- Es lo único que tengo

- Pensaré en algo para poder darte, y sobre todo en cómo hacerlo llegar a ti.

- Gracias Ana, ya es un regalo que yo aparezca en tus sueños.

Y en esto, se encendió la luz del cuarto y se oyó la voz de la madre de Ana con lo que ésta se despertó. Lo primero que hizo fue mirar al cuadro y comprobó que la mujer no estaba ni en la valla ni en la ventana.

- ¡Es verdad, es una persona de verdad, vive dentro del cuadro! ¡Y yo sueño con ella!

Intentó contárselo a su madre pero no la entendía. "Ha sido un sueño, cariño, no me extrañaría que la fiebre te haga delirar en tus sueños". Así que pensó que su abuela era la única que la iba a entender.

Estaba deseando ver a su abuela y cuando ésta llegó con los nervios no sabía cómo explicar todo lo que había pasado.

- Si ella está en un cuadro y tú puedes comunicarte con ella en sueños ¡Tienes un don muy especial! Se me ocurre que puedes dibujar algo, comida, objetos y pegarlos al cuadro a ver si funciona. Por lógica, a una pintura hay que llegar con pintura ¿No?

- No es mala idea. Ahora mismo le voy a dibujar una cesta con huevos y la colocaré en su puerta. Si la coge algo estaré haciendo por ella.

Cogió sus lápices su bloc de dibujo y comenzó con la tarea. Pintó un cesto con huevos que se veían encima, lo recortó y lo pegó al cuadro.

Esa noche soñó otra vez con María y oyó que le decía:

- Gracias por los huevos, pero resulta que sólo hay huevos encima de la cesta. Lo que pintes tiene que verse porque si no, no existe. ¡Hace tanto tiempo que no como huevos... ya no me acordaba de cómo sabían!

- Vale, la próxima vez lo haré mejor. ¿Qué te apetece?

- Salir de aquí. Pero eso no tengo ni idea de cómo puedes hacerlo. Supongo que si una bruja me metió, una bruja me tiene que sacar. ¿Tú conoces a alguna bruja?

- No, ¡Qué miedo! ¿Hay brujas buenas?

- No lo sé.

Desde ese día tuvo el compromiso de convertirse en la proveedora de María y había ganado una amiga, pero no podía compartirla con nadie porque nadie la creía, menos su abuela. Cada vez dibujaba mejor lo que le ofrecía, pollo frito, leche, arroz en paella, helados, dulces...

Pasaron los años. Ana creció y perdió la capacidad de poder soñar con María. Descubrió que sólo los niños tienen el poder de conectar con lo fantástico pero no dejó de dibujar cosas para ella que se la veía cada vez más triste y vieja. Su pelo se estaba volviendo blanco y su cara se estaba llenando de arrugas.

Se fue de su casa pero no olvidó llevarse el cuadro.

Una noche, cuando volvió del trabajo y se disponía a dibujar alguna cosa apetitosa para su amiga Ana se dio cuenta que la cesta de huevos y la leche del día anterior seguían en la puerta. Tuvo un mal presentimiento. Los días siguientes lo que ella pintaba seguía allí, a Ana no la veía desde hacía tiempo pero no le había dado importancia. Pasaron las semanas y lo que temía se hizo realidad: ya no volvió a ver a su amiga.

EPÍLOGO

Contándole ésta historia a mis sobrinos todos se enfadaron conmigo.

- ¡ Vaya un final triste, así no nos gusta, tiene que terminar de otra forma!

Así que tuve que cambiar todo el final. ¿Cómo hacer entender a unos niños que la vida real casi nunca tiene un final feliz?

Bien. Ana creció y un día por la televisión escuchó que había brujas que adivinaban el porvenir a la gente que se lo pedía, hacían sortilegios para que la gente se enamorara y cosas por el estilo. Llamó a uno de esos teléfonos y tuvo la suerte de que aquella señora se creyera su historia y que no fuera una farsante.

- Estas de suerte. Pasado mañana es la víspera de San Juan, la noche más corta del año y la noche más mágica en la que todos los deseos se cumplen. Lo que tú quieres no es muy fácil pero podemos probar con un encantamiento. La bruja que metió a tu amiga en el cuadro es del grupo de las malas, a las que les gusta la magia negra, hacer daño a la gente y odian en especial a los niños.

- Ya lo sé, me lo contó mi abuela, pero en todos estos años no sabía que también había brujas buenas.

- Si hay algo malo, también hay algo bueno y lo contrario. Bueno, a lo que vamos. Tienes que buscar una vela blanca, 8 pétalos de rosa, 7 tréboles (si puede ser de 4 hojas, aunque eso es más difícil), lleva el cuadro y las uñas de un gato negro. Cuando den las 12 de la noche lo echas todo, menos el cuadro claro, a la hoguera que has preparado y esperemos que tu amiga salga del cuadro. ¡Ah, al mismo tiempo tienes que pedir a la diosa del mar, porque esto tienes que hacerlo en la playa, que te conceda tus deseos!

Lo más difícil fue conseguir las uñas del gato negro porque nadie de sus conocidos tenía gatos pero fue a una tienda de animales y le costó bastante convencer al dueño de que le cortara a uno de sus gatos las uñas, sobre todo porque el gato no se dejaba.

Al final, después de mucho hablar consiguió que aquel hombre le creyera. Aquella noche, con todo lo que le había pedido la buena bruja se fue a la playa más cercana. Allí había mucha gente que alrededor de fogatas celebraban la Noche de San Juan, cantando, comiendo y preparando unos muñecos para quemar a las doce de la noche.

Ella preparó su hoguera y cuando llegó el momento echó al fuego todos los ingredientes, conservando el cuadro que apoyó en la arena.

Una gran columna de humo se elevó de su hoguera. La gente de alrededor se quedó asombrada y se unió a ella. El cuadro desapareció y de la orilla salió una joven vestida de blanco, mojada y que se dirigió a Ana. - Hola Ana, soy yo, María. Gracias por sacarme del cuadro. ¡Por fin te conozco! - ¡María, ha dado resultado. Qué alegría me da verte! Vamos a casa que nos queda toda una vida por delante y me tienes que contar muchas cosas.

IZA

<http://perso.wanadoo.es/rodroca>